

Documentos CEDE

ISSN 1657-5334

Tocqueville sobre la pobreza en las
democracias industrializadas

Jimena Hurtado Prieto

35

AGOSTO DE 2011

Serie Documentos CEDE, 2011-35
ISSN 1657-5334

Título original: Tocqueville on Poverty in Industrial Democracies
Documento CEDE 2011-03
Traducción: Santiago Melo

Agosto de 2011

© 2011, Universidad de los Andes–Facultad de Economía–Cede
Calle 19A No. 1 – 37, Bloque W.
Bogotá, D. C., Colombia
Teléfonos: 3394949- 3394999, extensiones 2400, 2049, 3233
infocede@uniandes.edu.co
<http://economia.uniandes.edu.co>

Ediciones Uniandes
Carrera 1ª Este No. 19 – 27, edificio Aulas 6, A. A. 4976
Bogotá, D. C., Colombia
Teléfonos: 3394949- 3394999, extensión 2133, Fax: extensión 2158
infeduni@uniandes.edu.co

Edición, diseño de cubierta, pre prensa y prensa digital:
Proceditor Ltda.
Calle 1ª C No. 27 A – 01
Bogotá, D. C., Colombia
Teléfonos: 2204275, 220 4276, Fax: extensión 102
proceditor@etb.net.co

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

El contenido de la presente publicación se encuentra protegido por las normas internacionales y nacionales vigentes sobre propiedad intelectual, por tanto su utilización, reproducción, comunicación pública, transformación, distribución, alquiler, préstamo público e importación, total o parcial, en todo o en parte, en formato impreso, digital o en cualquier formato conocido o por conocer, se encuentran prohibidos, y sólo serán lícitos en la medida en que se cuente con la autorización previa y expresa por escrito del autor o titular. Las limitaciones y excepciones al Derecho de Autor, sólo serán aplicables en la medida en que se den dentro de los denominados Usos Honrados (Fair use), estén previa y expresamente establecidas; no causen un grave e injustificado perjuicio a los intereses legítimos del autor o titular, y no atenten contra la normal explotación de la obra.

TOCQUEVILLE ON POVERTY IN INDUSTRIAL DEMOCRACIES*

Abstract

In this paper I explore Tocqueville's views on poverty and pauperism in democratic times. Tocqueville's explanation of economic and social phenomena linked to the raise of equality, show the difficult dilemmas he foresaw with the consolidation of democracy and increasing industrialization. New social classes and the unequal access to wealth would generate a social problem which could, eventually, threaten freedom.

Key words: Alexis de Tocqueville, pauperism, industrialization, democracy.

JEL Classification: B11, B19.

*This document corresponds to the translation of the original English version published as Documento CEDE 2011-03, January 2011.

Introducción

Alexis de Tocqueville (1805-1859) ha sido considerado como uno de los mayores defensores de la democracia liberal. Su conocida obra *La democracia en América* (1835, 1840) ha sido señalada como uno de los análisis más importantes de la revolución democrática y sus consecuencias. Enviado por el Gobierno francés para observar el sistema penitenciario con Gustave de Beaumont, Tocqueville estuvo cerca de nueve meses en los Estados Unidos entre 1831 y 1832. Ahí encontró lo que previó que ocurriría en el futuro: el progreso gradual de la igualdad (Tocqueville, 1969 [1835, 1840], p. 12). Creía que una «gran revolución democrática» estaba teniendo lugar en su época (ibíd., p. 9) y que no había vuelta atrás (ibíd., p. 12).

Esta situación exigía una nueva ciencia política que pudiera

educar la democracia; dar, si fuera posible, nueva vida a las nuevas creencias; purificar sus costumbres; controlar sus acciones; sustituir gradualmente la comprensión del arte de gobernar por la inexperiencia presente y el conocimiento de sus verdaderos intereses por los instintos ciegos; adaptar el gobierno a las necesidades del tiempo y el lugar; y modificarlo según lo requieran los hombres y las circunstancias. (ídem)

Dio la bienvenida a este nuevo mundo, pero sentía que era su deber advertir sobre sus consecuencias, buenas y malas. Tocqueville es un agudo observador de su época, quien describe con precisión e imparcialidad lo que ve e intenta extraer de sus observaciones lecciones y tendencias. Su visión ha sido muy elogiada y su obra ampliamente comentada. Sin embargo, hay un aspecto de su obra que, aunque se ha observado, no ha captado tanta atención: el pauperismo en las democracias industriales¹. La razón puede ser, como señala Goldberg (2001), que sus escritos sobre la pobreza no se consideran parte de sus obras más importantes. Se podría ofrecer otra explicación sociológica: debido al lugar central que ocupa en el pensamiento liberal clásico la creencia de que los individuos son responsables de sus propios destinos, este aspecto del pensamiento de Tocqueville como autor liberal² es el que se ha puesto de relieve. De acuerdo con esta creencia, la pobreza sería el resultado de las malas decisiones individuales y no de las circunstancias sociales, económicas o demográficas.

Tocqueville ciertamente cree que la responsabilidad individual es concomitante con la libertad y la dignidad individuales, pero también cree que las democracias industriales tienen ciertas características que pueden ser perjudiciales para la libertad individual y no dependen exclusivamente del individuo³. En particular, pese a la permanente movilidad

¹ Recientemente han aparecido notables excepciones como Goldberg (2001) y Keslassy (2000; 2001).

² Tocqueville ha sido clasificado como aristócrata liberal o conservador cívico. La mayor parte de las explicaciones del análisis de la pobreza de Tocqueville apuntan a lo que se ha llegado a interpretar como su rechazo del estado de bienestar.

³ En relación con su visión de la historia, Tocqueville escribió en sus *Souvenirs*: «Por mi parte, odio todos esos sistemas absolutos que hacen depender los eventos de la historia de grandes causas primeras unidas entre sí por la cadena del destino, y por lo tanto logran, por así decirlo, desterrar a los hombres de la historia del género humano. Me parece estrecho su aliento prepotente y falsa su exactitud matemática. Yo creo, con el respeto que merecen los escritores que inventaron estas teorías para alimentar su vanidad y facilitar su trabajo, que muchos de los eventos históricos importantes no podrían explicarse sino por circunstancias accidentales y que muchos otros son inexplicables; y finalmente que el azar —o mejor, la concatenación de causas secundarias a las que nos referimos con ese nombre al no poder ponerlas en orden— es un elemento importante de todo lo que vemos en el teatro del mundo. Pero estoy firmemente convencido de que el azar no puede hacer nada a menos que se le haya preparado el terreno con anterioridad. Los hechos anteriores, la

social, Tocqueville percibe una creciente separación de las clases sociales y cierta compatibilidad entre la aristocracia y la industria. Ambos fenómenos muestran la coexistencia de la desigualdad real y la igualdad formal, que socava las oportunidades individuales y el ejercicio de la libertad.

De hecho, la principal preocupación de Tocqueville es la disyuntiva que surge en las sociedades democráticas entre la libertad y la igualdad. Una nueva forma de despotismo, que será el resultado de la libre elección de los individuos obsesionados con la pasión por la igualdad (ibíd., p. 57)⁴, amenaza a las sociedades democráticas. Tocqueville escribe para hacernos conscientes de esa amenaza e invita a defender explícita y deliberadamente la libertad política.

En medio de esta preocupación central Tocqueville se hace la pregunta por la pobreza. Las democracias industriales producirán una nueva forma de pobreza en la que los pobres serán más frágiles y menos visibles que antes. Los pobres no serán capaces de ejercer su libertad política y la exclusión se convertirá en fuente de conflicto y amenaza para la estabilidad de estas sociedades. Es en ese momento, en nombre de la libertad, que Tocqueville se enfrenta al pauperismo. Él creía que «sin los recursos económicos y materiales necesarios para ejercer plenamente los derechos de ciudadanía, los ciudadanos no podrían participar plenamente en los asuntos públicos» (Goldberg, 2001, p. 294) y se reforzaría la tendencia hacia el despotismo.

Para Tocqueville era aún más angustiante pensar que las causas de esta nueva forma de pobreza eran «sistemáticas y arraigadas en el desarrollo capitalista y en la industrialización, en lugar de ser el resultado del fracaso individual» (ibíd., p. 299). Tocqueville llega a esta conclusión tras observar lo que en su momento parecía una paradoja: había más pobres en Inglaterra, considerada el país más rico del mundo, que en España o Portugal. Esta paradoja aparente y el debate sobre los derechos individuales durante su tiempo hicieron que Tocqueville prestara mucha atención a la pobreza como fuente de inestabilidad social y política. En este artículo exploraré este aspecto del pensamiento de Tocqueville y las respuestas y posibles soluciones que propone para esta característica de las democracias industriales que llevan a replantear las nociones de agencia individual y ciudadanía social.

En las dos secciones que siguen mostraré las características básicas de las democracias industriales, a saber, la democracia y la industrialización. La primera parte analiza los elementos que constituyen la revolución democrática: el amor por la igualdad y el amor por la comodidad. Estas pasiones se podrán desarrollar plenamente en las sociedades democráticas y esto explica sus beneficios y sus peligros. Las mismas fuerzas que están detrás de la prosperidad general pueden dar lugar al aislamiento, la exclusión y finalmente el despotismo. La segunda parte trata de la industrialización y sus consecuencias. En particular, la industrialización lleva a la concentración de la propiedad industrial, dando lugar a la creación de una nueva aristocracia a la que Tocqueville se referirá como un *monstruo en los tiempos democráticos*. La industrialización produce como efecto simultáneo una nueva clase de pobres y el pauperismo aparece como característica destacada de los

naturaleza de las instituciones, los estados de ánimo y el estado de las costumbres son los materiales a partir de los cuales el azar compone los eventos inesperados que nos sorprenden y atemorizan» (citado en Luckacs, 1982).

⁴ «Pienso que los pueblos democráticos tienen un gusto natural por la libertad; abandonados a su suerte la buscarán, la valorarán y sentirán tristeza si se les priva de ella. Pero su pasión por la igualdad es ferviente, insaciable, eterna e invencible. Quieren igualdad en la libertad y, si no pueden tenerla, querrán en todo caso la igualdad en la esclavitud. Soportarán la pobreza, la servidumbre y la barbarie, pero no tolerarán la aristocracia» (Tocqueville, 1969 [1835, 1840], p. 506).

tiempos democráticos. Éste representa una amenaza al orden social a causa de sus efectos individuales y sociales, y por lo tanto exige la acción pública.

La revolución democrática

Tocqueville identifica la revolución democrática que ve propagándose alrededor del mundo con la expansión de la igualdad de condiciones. Él considera que toda revolución se hace en nombre de algún tipo de igualdad (Tocqueville, 1969 [1835, 1840], pp. 638-9) y ésta en particular apunta a materializar la idea de una sociedad compuesta de individuos que gozan de igualdad de derechos. A medida que la igualdad se convierte en una realidad, los individuos celebran cada vez más su valor y sus beneficios (ibíd., p. 503, 504) porque

Las ventajas de la igualdad se sienten de inmediato y es diariamente notorio de dónde vienen [...] La igualdad da diariamente a cada hombre de la multitud una gran cantidad de pequeños goces. Los encantos de la igualdad se sienten todo el tiempo y están al alcance de todos; [...] La pasión engendrada por la igualdad es entonces tanto fuerte como general. (ibíd., p. 505)

Esta fuerza guiará a los individuos en las sociedades democráticas y ellos buscarán materializar esta igualdad de derechos en sus relaciones con los demás y en sus vidas cotidianas. La pasión por la igualdad tomará la forma de interés propio ilustrado al mostrar a los individuos las mejores maneras de lograr lo mejor para cada uno de ellos y de aprovechar la igualdad de condiciones.

Los individuos democráticos son prudentes y previsivos. Aprenden que su libertad depende de su bienestar y se esforzarán por alcanzarlo. Tocqueville establece un vínculo directo entre el amor por la igualdad y el amor por el bienestar. Ambos serán los motores de las sociedades democráticas que las convertirán en sociedades industriales con un potencial infinito de crear riqueza material. Estas pasiones son también las mayores amenazas a las democracias industriales, pues aíslan a los individuos haciéndolos perder de vista a la sociedad como un todo y sembrando en ellos indiferencia frente al interés general y su influencia directa sobre el propio. Esta sección presenta el análisis de ambas fuerzas y sus posibles efectos sobre las democracias industriales y sus miembros.

El amor por la igualdad

Incluso si la revolución democrática es el resultado del espíritu de libertad e igualdad, Tocqueville sostiene que durante los tiempos democráticos imperará la igualdad. La democracia hace iguales a todos los ciudadanos al garantizarles los mismos derechos a cada uno y al hacerlos esperar reciprocidad de derechos y obligaciones. Las grandes diferencias desaparecen y los privilegios son ilegítimos e injustificados.

La democracia no hace a los individuos efectivamente iguales o simplemente iguales en derechos (Manent, 1982, p. 55). La igualdad se convierte en la condición de las relaciones sociales. Los miembros de las sociedades democráticas exigirán la abolición de todos los privilegios y el respeto a la igualdad de oportunidades en la búsqueda de sus propios intereses. Cada uno tiene el mismo derecho a perseguir su proyecto de vida de la mejor manera que pueda. Cada uno tiene el mismo derecho a ejercer su libertad y no debe haber ninguna diferencia en los medios que se ponen a su disposición. Si se respeta la igualdad, entonces los individuos podrán concentrarse en sus propios proyectos.

La democracia hace de la igualdad una condición para la libertad. *Libertad* significa 'autonomía' y 'autogobierno' y sólo la igualdad puede garantizar que cada individuo pueda

ejercer su autonomía. Cada uno tiene el mismo derecho a definir y perseguir la vida que considera digna de ser vivida. Entonces «vivir en la democracia con otros significa obedecerse únicamente a sí mismo y, por lo tanto, tener gobierno sólo sobre sí: obedecer lo que uno ha querido y también hacer todo lo que la voluntad propia ha ordenado» (Manent, 1982, p. 38). Cada ciudadano se retira a su esfera privada y se concentra en sus propias metas.

La autonomía y el autogobierno también dan a cada individuo un sentido renovado de su propio valor. Si cada individuo es su propio señor, ninguno tiene derecho a imponer nada sobre los demás. Los individuos defenderán su derecho a definir su propia vida y la manera como la viven. Nadie tiene la capacidad o la autoridad para imponer un proyecto de vida a excepción del individuo mismo, precisamente porque es igual a los demás en sus habilidades y capacidades. Porque son iguales exigen ser libres; libres para ser y actuar como lo consideren adecuado. La igualdad democrática yuxtapone a los individuos, pero aislados en su propio mundo (Manent, 1982, p. 42), en su propia definición de lo que consideran una vida digna de ser vivida.

La libertad en la igualdad le da una definición particular a la democracia como gobierno del pueblo. Este gobierno es aquél en el que cada individuo tiene el derecho de gobernarse a sí mismo y únicamente obedece su propia voluntad. La única fuente legítima de autoridad es la voluntad individual o la voluntad del pueblo entendida como la expresión de la propia (ibíd., p. 24). El gobierno es la representación de la suma de las voluntades individuales o de la voluntad de la mayoría. El imperio de la ley significa que sólo esa voluntad es legítima y que debe ser representada como la expresión de la voluntad de ciudadanos iguales.

Los individuos consideran a los demás como iguales y su percepción compartida se encarna en su igualdad ante la opinión pública (ídem). La igualdad se convierte en un estado mental que tiene consecuencias positivas y negativas:

Se debe admitir que la igualdad, así como trae grandes beneficios a la humanidad, así también abre las puertas, como espero mostrar más adelante, a instintos muy peligrosos. Tiende a aislar a unos hombres de otros de modo que cada uno piensa sólo en sí mismo. (Tocqueville, 1969 [1835, 1840], p. 444)

El aislamiento es una de las consecuencias más importantes de este nuevo estado mental y hace problemática la definición de los proyectos de vida. Los individuos democráticos no tienen forma de estar seguros de la vida que escogieron y del valor que le atribuyen. El único criterio aceptable es el suyo propio y no tienen forma de saber si es el correcto. Por lo tanto, buscarán una referencia externa, algo que les muestre si sus decisiones son correctas y les permitirán vivir una vida valiosa. Ellos encontrarán esa referencia externa en una nueva y creciente fuerza en el interior de las sociedades democráticas: la opinión pública. Esa fuerza, que se presenta como la voz de la mayoría, es respetada y seguida; su fuerza proviene de su identificación con lo que los individuos reconocen como el sentido común, que a su vez proviene de la observación repetida y general.

Los individuos iguales se observan unos a otros e interactúan. El aislamiento que produce la igualdad es mental, no físico. Las anteriores clases sociales han desaparecido y la distancia entre sus antiguos miembros es mucho más reducida. Esta interacción permanente muestra a los individuos que una vida digna de ser vivida requiere recursos materiales; llegan a identificar la riqueza con la felicidad y la comodidad. Esta observación llega a ser parte del sentido común y es reforzada por la influencia de la opinión pública. Los individuos mantienen su independencia en la definición de su propio fin, pero la

opinión pública les muestra los medios para alcanzarlo. El poder del número en una sociedad creciente compensa las debilidades de uno⁵; otorga certidumbre y confianza. Es así como la pasión por la igualdad los lleva hacia el amor por el bienestar.

El amor por la comodidad y el deseo de mejorar la condición propia

La pasión por el bienestar es, como veremos, la más vívida de todas las emociones despertadas o encendidas por la igualdad y es una pasión compartida por todos. De modo que este gusto por el bienestar es la característica más llamativa e inalterable de los tiempos democráticos. (ibíd., p. 448)

El amor por la comodidad se convierte en la característica más firme y dominante de los individuos democráticos. Ellos concentrarán todos sus esfuerzos en alcanzar la riqueza material (ibíd., pp. 614-5). La riqueza es un medio para su empoderamiento; no se trata de los bienes que las personas buscan sino de lo que esos bienes les permiten hacer. Trabajarán y harán sacrificios si perciben que esto mejorará sus condiciones y les dará esperanzas para lograr sus metas.

No obstante, el progreso de la igualdad no hará las fortunas iguales. Dará a los individuos la idea de que su valor es igual en cuanto seres humanos. Esto hace que los privilegios sean inaceptables en las democracias. Sólo el mérito, entendido como la industria y el trabajo duro, es fuente legítima de desigualdad entre los individuos. La superioridad y la subordinación resultan inaceptables hasta el punto de que los individuos renunciarían incluso a la libertad:

Hay, en efecto, una viril y legítima pasión por la igualdad que despierta en todos los hombres un deseo de ser fuertes y respetados. Esta pasión tiende a elevar al hombre pequeño a la categoría del grande. Pero el corazón humano también alimenta un decadente gusto por la igualdad, que conduce al débil a querer arrastrar al fuerte a su nivel e induce a los hombres a preferir la igualdad en la servidumbre sobre la desigualdad en la libertad. (Tocqueville, 1969 [1835, 1840], p. 57)

Esta preferencia fomenta la envidia entre los individuos (ibíd., p. 198). Si no pueden entender claramente el origen de la diferencia, sus relaciones estarán marcadas por este sentimiento potencialmente peligroso. Su idea de igualdad los hace a todos igual de valiosos, de modo que si alguno es más afortunado los demás intentarán entender por qué. Se volverán envidiosos si la razón que encuentran no les parece legítima o la opinión pública no la asume. Este sentimiento será aún más poderoso cuando se trata de la igualdad material.

La igualdad les hace pensar que tienen las mismas oportunidades y habilidades para alcanzar su meta. Viven bajo un sistema legal que ha abolido todos los privilegios y descubren que su entorno social les permite cambiarse a sí mismos y cambiar su situación de manera permanente. «Por lo tanto, todos conciben la idea de mejorar su propia condición», pero no «tienen éxito de la misma manera», de modo que «las fortunas se hacen desiguales tan pronto como cada uno ejerce sus facultades para enriquecerse» (ibíd., pp. 457, cf. 462)⁶.

⁵ La opinión pública y su poder están relacionados con dos asuntos centrales en Tocqueville: el papel de los medios de comunicación y la tiranía de la mayoría. Estos asuntos están más allá del alcance de este artículo.

⁶ Es así como Tocqueville llega a la conclusión de que la democracia y la industrialización van de la mano. Esta idea ha sido controvertida y uno de los primeros en hacerlo al examinar *La democracia en América* de Tocqueville fue John Stuart Mill (1994).

Todos intentarán enriquecerse emulando las acciones y el comportamiento de aquellos a quienes consideran exitosos.

En los tiempos de la libertad y de la democracia ilustrada no hay nada que separe a unos hombres de otros ni que los mantenga en su lugar. Ascenderán o caerán extraordinariamente rápido. Están tan cerca los unos de los otros que continuamente se encuentran hombres de clases diversas. Todos los días se mezclan e intercambian ideas imitándose y emulándose los unos a los otros, de modo que llegan a tener numerosas ideas, concepciones y deseos que jamás hubieran tenido si las distinciones de rango fueran fijas y la sociedad estática. (ibíd., p. 458)

Tales ideas y deseos los empujan al mercado, el lugar donde encontrarán los bienes necesarios para satisfacer sus necesidades y deseos. La creciente demanda expande las relaciones de mercado incentivando la creación de nuevas industrias y promoviendo la división del trabajo. El mercado llega a ser considerado como un espacio de oportunidades en el que los individuos pueden encontrar lo que quieren puesto que les da acceso a la riqueza. La riqueza es propiedad y provee los medios necesarios para perseguir las metas de cada uno. Cualquiera que pueda participar en el mercado puede adquirir propiedad, la propiedad que considere necesaria para desarrollar su propio proyecto de vida.

Tocqueville da mucha importancia a la propiedad porque les permite a los individuos tener una medida tangible de su valor. La propiedad les garantiza la independencia y la posibilidad de hacer planes y de proyectarse a sí mismos hacia el futuro. Con la propiedad llega la responsabilidad y el respeto propio. La propiedad impide que los individuos pierdan completamente el interés por los asuntos públicos porque cualquier decisión puede afectarlos a través de sus consecuencias sobre la propiedad. También hace a las personas más estables y prudentes al vincularlas a su comunidad y a las instituciones que garantizan y protegen su derecho a disfrutar de su propiedad.

No obstante, incluso la propiedad está limitada a una cierta cantidad de bienes; la riqueza, como idea, es infinita y los individuos nunca podrán poseerla toda. Esa imposibilidad los hará vivir en un estado permanente de ansiedad e insatisfacción en el que intentan descubrir cuál es el camino más corto y conveniente para alcanzar la riqueza, y en el que nunca sienten la seguridad de haber elegido correctamente (ibíd., p. 536).

El amor por la igualdad produce una serie de sentimientos y percepciones que harán que los individuos se concentren en sus esferas privadas y luchen por hacer que sus vidas merezcan ser vividas. Para esto necesitan recursos materiales y llegan a asociar la posibilidad de vivir la vida que valoran con esos recursos. Es así como desarrollan un amor por la comodidad y la idea de que, como autores de su propio destino, siempre pueden mejorar su situación.

La combinación del amor por la igualdad y el amor por la comodidad hace a los individuos prudentes e industriosos. La prudencia y la industria se vuelven las virtudes más importantes en las sociedades democráticas. Cada ciudadano se concentra en su propio bienestar y sabe que la mejor manera de alcanzarlo es a través de la industria. Así es como la democracia se convierte en un sistema industrial.

Industrialización

El amor por la igualdad y el amor por el bienestar definirán las actitudes y el comportamiento en los tiempos democráticos. Como resultado de esto, los individuos se relacionarán de una manera nueva. La mayor parte de sus relaciones ocurrirá en su lugar de trabajo y, a medida que va creciendo la industria, la mayoría de las relaciones de trabajo tendrán lugar ahí. Por lo tanto, los cambios en las actitudes y el comportamiento tienen consecuencias sobre las estructuras sociales y económicas de las democracias.

Señores y trabajadores

La revolución democrática trae consigo cambios importantes en las relaciones sociales. Tocqueville describe minuciosamente cómo afecta las relaciones en el interior de la familia y el lugar de trabajo, entre sexos y clases sociales. Los cambios en las relaciones entre el señor y el siervo y entre el empleador y el empleado sirven de manera especial a mis propósitos.

Incluso si todos los miembros de la sociedad se consideran iguales, en realidad sus relaciones dependen del grupo social al que pertenecen. Pueden pertenecer a diferentes grupos durante sus vidas debido a la alta movilidad social, pero en cada momento serán considerados miembros de una determinada clase y según eso serán tratados.

Como su meta principal es adquirir riqueza, la mayor parte de sus interacciones con otros tendrá que ver con la manera como la buscan. Más precisamente, la mayoría de esas interacciones tendrá lugar en su entorno laboral como empleadores o empleados. Tocqueville cree que hay una distancia creciente entre el trabajador y su empleador (ibíd., p. 556) y que se reconocerán unos a otros simplemente como «el primero y el último eslabón de una larga cadena» donde el primero manda y el último obedece (ídem).

En la era de la igualdad esta relación no encaja. Mientras que en los tiempos aristocráticos las relaciones entre señores y siervos se tenían por naturales y hacían que cada parte viera a las demás como una extensión superior o inferior de sí misma, en los tiempos democráticos los individuos no aceptan tales extensiones (Bendix, 1961, p. 101). Esas relaciones tienden a desaparecer en todas partes excepto en la industria. Allí el empleador mantiene el poder de dar órdenes y el empleado está obligado a obedecer; cada cual acepta su parte porque es para su beneficio hacerlo. No obstante, la subordinación sigue siendo una situación degradante para los ciudadanos iguales y aquellos que trabajan lo hacen con un sentido de vergüenza (ídem).

Esto significa que, a medida que se expande la igualdad de condiciones a lo largo de las sociedades democráticas, se crean también posibles fuentes de desigualdad. Los trabajadores son sometidos y sus condiciones de vida no necesariamente mejoran. Las sociedades como un todo se vuelven más productivas a medida que sus miembros concentran todos sus esfuerzos en la obtención de riqueza. No obstante, no todos tienen igual acceso a ella. La revolución democrática, con su fuerza igualadora, no elimina la pobreza. La sociedad de mercado no necesariamente lleva a la igualdad de condiciones para todos. Entonces Tocqueville reconoce que la «verdadera ventaja de la democracia no es, como algunos han dicho, que promueva la prosperidad para todos, sino que sirve al bienestar del mayor número» (Tocqueville, 1969 [1835, 1840], p. 233).

La creciente división del trabajo característica de estas sociedades no sólo aumenta la productividad, sino también degrada a los seres humanos haciéndolos perder de vista su trabajo como un todo y llevándolos a concentrar todas sus habilidades en una sola tarea (ibíd., pp. 555, 556). Los trabajadores formarán una «empobrecida y decadente clase trabajadora» que depende de una nueva aristocracia (Goldberg, 2001, p. 299).

Una nueva aristocracia

En la era de la igualdad la industria se convierte en una fuente de desigualdad en la que los individuos no se relacionan unos con otros como iguales, sino como superiores e inferiores. Parecería entonces que «por un impulso natural una aristocracia surge del seno de la democracia» (Tocqueville, 1969, [1835, 1840]). No obstante, a diferencia de lo que ocurre en las sociedades aristocráticas, no hay otra relación entre los ricos y los pobres además del trabajo asalariado. Esta relación se establece en un marco legal aceptado y respetado por todos los miembros de la sociedad en su condición de ciudadanos iguales. Este marco legal determina las condiciones que hacen aceptable un contrato que expresa el acuerdo entre el trabajador y el empleador con respecto a los términos y condiciones bajo los cuales éste le paga a aquél por su trabajo. No existe ninguna obligación para ninguno de los dos fuera de lo establecido en el contrato (ibíd., p. 577). Especialmente, «el uno no pacta ninguna obligación para proteger ni el otro para defender y no están vinculados de manera permanente ya sea por costumbre o por deber» (ibíd., p. 577).

Por lo tanto, el trabajo asalariado, pese a que sanciona una relación entre ciudadanos iguales, produce una separación y desigualdad entre ellos. Según Tocqueville, «tal condición es revolucionaria, no democrática» (ibíd., p. 580). No necesariamente toma la forma de lucha de clases porque la movilidad social no permite la formación de clases sociales estables. Por lo tanto, la confrontación no es entre clases sino entre individuos. En las democracias industriales la competencia se da entre individuos quienes, como resultado de ésta, pasan de una posición social y económica a otra (Birnbaum, 1970, pp. 93-5). La competencia y la movilidad neutralizan el carácter revolucionario del trabajo asalariado. Pero «si alguna vez la desigualdad de condiciones y la aristocracia llegaran a abrirse paso por el mundo habrá sido a través de esta puerta» (Tocqueville, 1969 [1835, 1840], p. 558).

Los dueños de la industria obtienen beneficios de los efectos positivos de la división del trabajo sobre la productividad y aumentan su riqueza. Cada nueva empresa industrial requiere más capital para llevar a cabo las inversiones necesarias. La riqueza tiende a concentrarse en pocas manos a medida que la competencia y la demanda creciente promueven la industria. Cada vez hay menos dueños y más trabajadores y esa es la nueva aristocracia a la que Tocqueville se refiere. Él considera que es un monstruo en el seno de las sociedades democráticas. Incluso si esa aristocracia se mantuviera al margen del poder político, formaría una sociedad separada y se escindiría del resto de la comunidad. La aristocracia constituye una excepción a las relaciones democráticas y por esto puede ignorar las instituciones democráticas y sus leyes. La otra cara de la moneda de esta aristocracia que está permanentemente enriqueciéndose son sus trabajadores, quienes resultan cada vez más pobres. Con la industrialización llega el pauperismo.

Pauperismo

El debate acerca de las Leyes de Pobres en Inglaterra⁷, la importancia creciente de este asunto en Francia y sus viajes a Inglaterra movieron a Tocqueville a escribir una *Memoria sobre el pauperismo* en 1835 (Tocqueville, 1997[1835]). Él prometió una continuación de su obra que comenzó a escribir en 1837 pero que nunca llevó a término (Tocqueville, 2006). En ambos textos Tocqueville abordó lo que percibía como una paradoja:

Los países que parecen ser los más pobres son aquellos en los que en realidad se encuentran menos indigentes, mientras que en los más admirados por su opulencia una parte de la población se ve obligada a depender de las dádivas de otros para vivir. (Tocqueville, 1997[1835], p. 17).

Esta situación parecía contraria a la percepción general de la prosperidad y el bienestar (ibíd., p. 17) y era problemática porque el número de personas que vivían de la caridad pública había estado aumentando constantemente, al menos en Inglaterra. La democracia y la igualdad parecían incapaces de brindar los beneficios esperados. Incluso si la igualdad de fortunas no hacía parte de las promesas, una reducción razonable de la brecha entre ricos y pobres —que fuera el resultado de las mejores oportunidades, la movilidad y la productividad— sí se asociaba con el progreso de la igualdad de condiciones. En las sociedades industriales capaces de producir una cantidad ilimitada de riqueza se podía esperar que la parte correspondiente a los pobres creciera o, por lo menos, que aquellos que participaban directamente en la producción mejoraran situación (ibíd., p. 22).

Los trabajadores, en su condición de ciudadanos iguales y con una demanda creciente de bienes de consumo, estarían en una mejor posición para negociar sus salarios. Esto, según Tocqueville, explica por qué los salarios tienden a crecer en las sociedades democráticas. No obstante, hay una notable excepción a esta tendencia: los salarios de los trabajadores de las grandes industrias (Tocqueville, 1969, [1835, 1840], pp. 583-4). En este caso, el reducido número de propietarios los pondría en una mejor posición en las negociaciones salariales frente a otros trabajadores. Esto explica la existencia del trabajador pobre, cuya condición comparte la mayoría de la población⁸.

Los trabajadores pobres están en una situación particularmente más frágil: la demanda de los bienes que producen varía. Muchos de ellos trabajan en la producción de bienes que no se consideran primarios. Entonces en cualquier momento puede caer la demanda de estos bienes llevando a la caída de la demanda de trabajo industrial (Tocqueville, 1997[1835], p. 23). Por lo tanto, su situación depende de una serie de factores sobre los que no tienen control (Tocqueville, 2006, p. 7).

Esta falta de control aumenta con la extensión del mercado. Cuando una industria abastece no sólo los mercados nacionales sino también los internacionales, los trabajadores

⁷ Tocqueville conocía muy bien esas leyes a través de su amigo Nassau Senior quien preparó el reporte que condujo a la reforma de 1834.

⁸ Según Tocqueville, a medida que se expande la civilización y se establece la propiedad privada, aparecen nuevos deseos que sólo se pueden satisfacer incrementando la productividad. La ampliada capacidad productiva de la sociedad hizo que «la comodidad estuviera disponible para la mayoría» (Tocqueville, 1997[1835], p. 22), pero no necesariamente dotó a las personas de los medios para obtenerla. En resumen, Tocqueville afirma que «hoy la mayoría es más feliz pero siempre estará al borde de morir de hambre en ausencia del apoyo público» (ibíd., p. 23). Esta clase a la que Tocqueville llama *clase industrial* seguirá creciendo sólo a medida que crezcan las necesidades, pero también a medida que continúe la migración del campo a las ciudades debido a la concentración de la propiedad agrícola (Tocqueville, 2006, p. 5).

industriales no sólo dependen de la situación de la economía nacional sino también de la situación de las economías de todos los países que consumen lo que ellos producen (Tocqueville, 1997 [1835], pp. 26-7). En términos modernos, la globalización hace que la situación de los trabajadores industriales sea aún más precaria (Tocqueville, 2006, pp. 8-9).

Los desempleados no tienen una red de seguridad que los ayude a sobrellevar los tiempos de crisis. Como son trabajadores especializados no pueden suplir sus necesidades, necesidades que han crecido con el progreso de la sociedad. La diversificación de las necesidades distingue la pobreza que se vive en las democracias industriales de toda aquella que haya existido antes. Es una nueva forma de pobreza más difícil de aceptar por la marcada preferencia de sus miembros por la igualdad, que también introduce la idea de pobreza relativa (Birnbaum, 1970, pp. 104-5). Las personas se acostumbran a los bienes que cuando estuvieron disponibles por primera vez eran considerados lujos (Tocqueville, 1997 [1835], p. 24). La pobreza entonces no se reduce a la falta de alimento, se concibe como la incapacidad de tener los bienes que se hicieron necesarios por las normas y los hábitos sociales y culturales. Esta privación es todavía más grave cuando los individuos están acostumbrados a verse a sí mismos como iguales y a comparar su situación con sus semejantes. Por lo tanto, no es la pobreza absoluta sino la pobreza relativa la que se convierte en un problema central en las democracias industriales. Las personas que no tienen acceso a los bienes de consumo que puedan garantizarles unas condiciones de vida consideradas normales en sus sociedades tienen dificultades para participar en la vida social. La exclusión se vuelve parte de estas sociedades y amenaza la ciudadanía y el orden social.

El pauperismo representa un problema político. La democracia debe garantizar la reciprocidad de derechos y obligaciones (Bendix, 1961, p. 115). No obstante, hay un espacio dentro de la democracia en el que tal reciprocidad es, a lo menos, frágil. En la industria los trabajadores están obligados a obedecer y los empleadores a pagar salarios. Sin embargo, no hay equivalencia en estas obligaciones porque la primera implica la subordinación y la progresiva degradación de la autoestima⁹. El empleador no está en la obligación de aliviar esas consecuencias y, mientras mantenga su derecho a obtener ganancia del trabajo del trabajador, éste no tendrá derecho al producto de su trabajo. Tocqueville resalta los efectos negativos que esta desigualdad tendrá en las actitudes mentales y en la salud psicológica de la clase trabajadora. Cuando la mayor parte de los ciudadanos sean trabajadores estas consecuencias afectarán a toda la comunidad porque la mayoría de sus miembros dejará de ver sus ventajas.

Programas de bienestar

La desigualdad generada por el progreso en la era de la igualdad se convertirá en una fuente de conflicto porque

cuando las distinciones de rango se hacen borrosas y son abolidos todos los privilegios, cuando se dividen los patrimonios y se extienden la educación y la libertad, los pobres conciben un ferviente deseo de adquirir comodidad y los ricos piensan en el peligro de perderla. Se establecen muchas fortunas mediocres; aquellos que las poseen tienen suficientes goces materiales para concebir el gusto de estos goces, pero no los suficientes para estar satisfechos. Nunca se los procurarán sin esfuerzo ni se entregarán a ellos sin ansiedad. (Tocqueville, 1969 [1835, 1840], p. 531)

⁹ Como señala Manent (1982, pp. 22, 41), *democracia* significa 'el gobierno del pueblo' y para Tocqueville el pueblo gobierna únicamente si cada individuo se obedece sólo a sí mismo en cada uno de los aspectos de su vida.

Esta es la primera razón así como la más común de por qué es necesario hacer algo con el pauperismo. Tocqueville es muy consciente de los riesgos del conflicto de clases que surge cuando no todos los miembros de la sociedad tienen acceso a la propiedad¹⁰. Pero el potencial conflicto social no es la única razón por la que el pauperismo debe ser tenido en cuenta seriamente. Según Tocqueville, la degradación de los pobres debilita la libertad. No sólo tienen menos recursos para vivir sus vidas como les plazca, sino que los pobres también pueden reforzar la tendencia a renunciar deliberadamente a la libertad individual en nombre de la igualdad. Peor aún, el pauperismo puede generar un sentido de inferioridad creciente, que tarde o temprano llevaría a los pobres y débiles a «renunciar a la esperanza y a permitirse caer debajo de la dignidad propia de los seres humanos» (ibíd., p. 28).

Hay una tercera razón: no sólo los pobres pueden amenazar el orden social; otros pueden percibir que esa desigualdad es ilegítima e injustificable. La tolerancia a la desigualdad es menor cuanto mayor es la igualdad (ibíd., p. 538), y las personas no tolerarán diferencias muy notorias en la distribución. No obstante, no será la solidaridad lo que los moverá. De hecho, será el riesgo de volverse pobres. La alta movilidad social en las democracias industriales significa no sólo que las personas pueden ascender en la jerarquía social; significa también que pueden descender.

Este riesgo permanente también explica la envidia. Los individuos creen que los ricos están más seguros y mejor protegidos de cualquier posible caída. La envidia produce

una guerra tácita entre todos los ciudadanos. Un bando intenta infiltrarse mediante miles de artimañas, de hecho o en apariencia, entre quienes están arriba. Los otros están intentando constantemente impedirles el paso a estos usurpadores de sus derechos. O bien el mismo hombre juega en ambos bandos y, mientras trata de introducirse en la esfera de arriba, al mismo tiempo lucha despiadadamente contra aquellos que vienen de abajo. (ibíd., p. 566)

Estas tres razones hacen del pauperismo una preocupación pública y exigen la acción pública. Tocqueville considera lo que llama dos clases de asistencia: la caridad privada y la caridad pública (Tocqueville, 1997 [1835], pp. 25-6). En su *Memoria sobre el pauperismo* Tocqueville descarta la caridad pública porque actúa contra las inclinaciones humanas naturales. Los seres humanos tienen una «pasión natural por el ocio» que sólo se supera porque necesitan vivir y tienen el deseo de mejorar su condición (ibíd., p. 27). La caridad pública promueve la pasión natural por el ocio porque debilita los dos incentivos que las personas tienen para trabajar. Por lo tanto, «cualquier medida que establezca la caridad legal de manera permanente y le conceda una forma administrativa crea de ese modo una clase ociosa y perezosa que vive a expensas de la clase industrial y trabajadora» (ibíd., pp. 30, cf. 36).

Es más, los programas de asistencia tienen consecuencias sobre las interacciones sociales. Este tipo de programas, afirma Tocqueville, hacen de la pobreza una fuente de derechos. Las personas pobres en vez de considerar que su situación es temporal y esforzarse por

¹⁰ En 1847 Tocqueville escribe: «Se acerca el tiempo en que el país estará dividido de nuevo en dos bandos. La Revolución Francesa, que abolió todos los privilegios y destruyó todos los derechos exclusivos, mantuvo vigente uno, a saber, el de la propiedad. Los propietarios no deben engañarse a sí mismos con respecto a la firmeza de su posición ni suponer que el derecho a la propiedad es una barrera insuperable por el hecho de que hasta ahora nunca se haya superado; pues nuestra era no es como cualquier otra [...] Pronto la lucha política se dará entre los que tienen y los que no; la propiedad será el gran campo de batalla y los principales asuntos políticos girarán en torno a las modificaciones más o menos profundas que han de hacerse a los derechos de propiedad de los dueños» (citado en Luckacs, 1982).

cambiarla pueden llegar a creer que la sociedad está en deuda con ellos y que la pobreza les da el derecho a vivir de la asistencia pública (ibíd., p. 30-1)¹¹. Los programas también aumentan el potencial conflicto social porque aquellos que deben pagar impuestos para financiar la asistencia la perciben como una carga. Así, las relaciones entre ricos y pobres se hacen cada vez más difíciles (ibíd., p. 31).

En 1848, durante la discusión de una enmienda a la Constitución de la Segunda República que buscó introducir el derecho al trabajo para todos los franceses, Tocqueville se opuso porque creía que las personas debían entender «el carácter implacable de la economía política» y, por lo tanto, debían «entender que el bienestar no puede comprarse con el sacrificio de la libertad y la dignidad humana» (citado en Birnbaum, 1970, p. 13).

Sin embargo, se debe enfrentar el pauperismo con el fin de reducir sus efectos negativos. Se exige la acción del gobierno porque «llega un punto en el que los errores o las desgracias de los individuos comprometen el bienestar general y [en el que] evitar la ruina de un individuo a veces debe ser un asunto de importancia pública» (Tocqueville, 1969 [1835, 1840], p. 681). Así que, después de todo, hay un poco de espacio para el bienestar público.

Tocqueville reconoce que la asistencia pública es necesaria para ayudar a las personas en determinados períodos o situaciones de su vida, a saber, la infancia, la enfermedad, la vejez y la locura (Tocqueville, 1997 [1835], pp. 36-7). También es útil como alivio temporal en tiempos de una crisis económica que sea el resultado de desastres naturales (ídem). El problema tiene que ver entonces con los sistemas de asistencia generalizados y permanentes y no con toda clase de asistencia social entendida como una intervención no deseada del Estado¹².

Es posible entonces encontrar en los escritos de Tocqueville sobre la pobreza algunas indicaciones sobre qué tipo de programas parecen aceptables al considerar sus consecuencias sobre la responsabilidad y los derechos individuales. Estos programas proponen medidas preventivas en vez de compensatorias (Goldberg, 2001, pp. 304-310) y serían temporales, particulares y restringidos (Kesslassy, 2001, p. 100).

En su *Segunda memoria* Tocqueville examina las diferentes posibilidades disponibles para aliviar a los pobres. Existen dos tipos de pobres: quienes están en el sector agrícola y los de la clase industrial. Tocqueville no le dedica mucho tiempo a los primeros porque no son una fuente de insatisfacción y de conflicto potencial como los segundos¹³. La solución para la pobreza en el campo es la división de la propiedad (Tocqueville, 2006, p. 6). Facilitar el acceso a la propiedad de las tierras permite a los pobres superar sus privaciones.

Esta solución no es posible para los trabajadores industriales (ídem). La división de la propiedad industrial puede reducir la productividad por los grandes montos de capital

¹¹ Además, según Tocqueville, este derecho «afecta la libertad del pobre» (ibíd., p. 32) porque restringe su libertad de movimiento. Los programas que existían en su momento requerían que los gobiernos locales administraran y brindaran la asistencia a los pobres. Estos gobiernos los obligarían a permanecer en su jurisdicción durante el tiempo en que se beneficiaran del auxilio (ídem). Si las personas justo arriba de la pobreza sentían que su situación estaba deteriorándose en un determinado lugar, la caridad legal los obligaría a quedarse y les impedía migrar (ibíd., p. 33).

¹² Kesslassy (2001) recuerda cómo un párrafo de *La democracia en América* que advierte sobre los peligros de la centralización y el crecimiento descontrolado del Estado así como su discurso contra el derecho al trabajo han generalizado la idea de que Tocqueville se opone a cualquier tipo de intervención estatal.

¹³ Además, como se anotó anteriormente, los pobres del campo migrarán a las ciudades ampliando la clase industrial.

requeridos en esas empresas (ibíd., p. 7). Es por esto que la industria es el único lugar en las democracias en el que permanecen las instituciones aristocráticas. Tocqueville considera que es necesario encontrar un arreglo que dé al trabajador industrial «la esperanza y los hábitos que vienen con la propiedad» (ídem). Esto se puede lograr otorgando a los pobres una parte de los beneficios de la industria a través de acciones o de la participación en su dirección (ibíd., pp. 9-10)¹⁴. No obstante, Tocqueville no cree que los trabajadores estén preparados para tomar el control de la producción y mientras tanto es necesario implementar otras medidas. El gobierno debe promover los ahorros sobre sus salarios creando instituciones financieras especiales (ibíd., pp. 10-11). Estas instituciones financieras, no necesariamente públicas, deben garantizar no sólo una tasa de interés competitiva, sino también el acceso al crédito a sus clientes, esto es, a los pobres (ibíd., pp. 12-8). Al conocer que van a recibir algún beneficio por sus ahorros, los pobres adquirirán los medios para mejorar su situación y tener redes de seguridad para los tiempos de crisis.

Estos proyectos deben encontrar apoyo público porque la democracia, a través del sufragio universal, es el gobierno de los pobres, particularmente a medida que se convierten en dueños (Tocqueville, 1969 [1835, 1840], pp. 209-211). Un gobierno así promovería políticas que tiendan a mejorar «la situación de los pobres, quienes no pueden ayudarse a sí mismos» (ibíd., p. 211), evitando los efectos negativos sociales e individuales del pauperismo.

Conclusiones

Así Tocqueville haya sido presentado como un autor nostálgico que lamenta el fin de los tiempos aristocráticos, la nostalgia no inspira su análisis de la democracia. Tocqueville no muestra los riesgos y los peligros de la democracia movido por la nostalgia, sino que es un autor comprometido con su tiempo y su entorno político. La democracia y su capacidad para reforzar la igualdad de condiciones son verdaderas ventajas y representan un progreso real para todos. No obstante, esto tiene un costo. Tocqueville nos hace un llamado para que lo veamos y hagamos algo al respecto. Nos advierte: «No debemos engañarnos a nosotros mismos. Observemos con calma y en silencio el futuro de las sociedades modernas. No debemos ser intoxicados por el espectáculo de su grandeza; no nos desanimemos al contemplar sus miserias» (Tocqueville, 1997 [1835], p. 25).

La democracia trae consigo un cambio en las actitudes y percepciones de las personas. El amor por la igualdad y el amor por el bienestar material dirigen nuestras acciones y búsquedas. También traen consigo una demanda creciente por más igualdad y riqueza, y hacen de la desigualdad y la pobreza algo inaceptable. No obstante, al mismo tiempo abren la puerta a estos mismos males. La desigualdad y la pobreza llevan a la exclusión social y política y tarde o temprano pueden abrirle la puerta al despotismo. La comunidad política tiene su fundamento en la reciprocidad de derechos y deberes; cuando esa reciprocidad se rompe los ciudadanos podrían renunciar deliberadamente a su participación en ella.

El amor por la igualdad y el amor por el bienestar material hacen que cada individuo concentre todos sus esfuerzos únicamente en mejorar su vida. La privación que llega con ellos afecta a los individuos sólo cuando se convierte en una posibilidad real para cada uno. El pauperismo no se limita a la carencia de recursos materiales; tiene implicaciones sobre la ciudadanía y la libertad individual. Es en nombre de la libertad que Tocqueville hace un llamado a la acción contra el pauperismo, entendido como la privación de derechos. Sin

¹⁴ Tocqueville es particularmente optimista acerca del futuro de lo que él llama *asociaciones industriales*, esto es, las compañías cuyos dueños son los trabajadores y que son dirigidas por ellos.

medios materiales los individuos no podrán perseguir sus propios fines, no podrán vivir la vida que consideran digna de ser vivida.

Bibliografía

- Bendix, R. (1961). The Lower Classes and the 'Democratic Revolution'. *Industrial Relations, Vol.1, no.1*, 91-116.
- Birnbaum, P. (1970). *Sociologie de Tocqueville*. Paris: Presses Universitaires de France, Collection SUP Le sociologue.
- Fleischacker, S. (2004). *A Short History of Distributive Justice*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Goldberg, C. A. (2001). Social Citizenship and a Reconstructed Tocqueville. *American Sociological Review, Vol.66, no.2, April*, 289-315.
- Keslassy, E. (2001). Tocqueville, ou la proposition d'un nouvel Etat. *Alternatives économiques, L'Économie Politique, no.11*, 99-106. Available at: <http://www.cairn.info/revue-l-economie-politique-2001-3-page-99.htm>.
- Luckacs, J. (1982). Alexis de Tocqueville: A Historical Approach. In J. Luckacs, *Literature of Liberty: A Review of Contemporary Liberal Thought, Vol.5, no.1, Spring*. The Forum at the Online Library of Liberty. Available at http://oll.libertyfund.org/index.php?option=com_content&task=view&id=164&Itemid=259.
- Manent, P. (1982). *Tocqueville et la nature de la démocratie*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Mill, J. S. (1994). *Essais sur Tocqueville et la société américaine. Introduction par Patrick Thierry*. (P.-L. Autin, M. Garandeau, E. Marquer, E. Mignot, & P. Thierry, Trans.) Paris: Librairie philosophique J. Vrin.
- Tocqueville, A. (1969 [1835, 1840]). *Democracy in America*. (J. Mayer, Ed., & G. Lawrence, Trans.) Garden City: Anchor Books.
- Tocqueville, A. (2006). *Second mémoire sur le paupérisme*. (J.-L. Benoît, Ed.) Canada: Edition numérique. Available at http://classiques.uqac.ca/classiques/De_tocqueville_alexis/memoire_pauperisme_2/memoire_pauperisme_2.pdf.
- Tocqueville, A. (1997[1835]). *Memoir on Pauperism. Introduction Gertrude Himmelfarb*. (S. Drescher, Trans.) London: Civitas.